

# Lope de Vega

## La fianza satisfecha

### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

LEONIDO, galán.  
TIZÓN, gracioso.  
DIONISIO, caballero.  
GERARDO, viejo.  
REY MORO.  
MARCELA, dama.  
ZULEMA, moro.  
ZARRABULLÍ, moro.  
LIDORA, moro.  
CRISTO, pastor.

### Jornada primera

Salen Leonido y Tizón.

TIZÓN Yo no sigo tu viaje.  
LEONIDO La puerta me has de guardar;  
y la tengo de gozar  
por afrentar mi linaje.  
TIZÓN ¡Considera que es tu hermana!  
LEONIDO Acaba, llama, Tizón;  
porque esa misma razón  
hace su infamia más llana:  
Eso me da mayor brío  
para poderla gozar.  
¿No gozó Amón a Thamar,  
siendo hermanos?  
TIZÓN Desvarío  
el tuyo es. ¿No sabes, pues,  
cuán bien lo, pagó?  
LEONIDO Es así.

¡Que lo pague Dios por mí,  
y pídamelo después!  
Dios ha de ser mi fiador,  
porque si en verdad me fundo,  
ni le ha habido, ni en el mundo  
no, le puede haber mejor;  
y si es la paga en dinero,  
ninguno más rico hallo.

TIZÓN Sin freno está este caballo:  
él dará en despeñadero.

LEONIDO ¿No llamas?

TIZÓN No, que esperaba  
por ver si el divertimento  
te mudaba el pensamiento.

LEONIDO No te canses, llama, acaba:  
llama, o quítate de ahí;  
que este furor me desvela.

TIZÓN En el patio está Marcela.

LEONIDO Pues entro: quédate aquí:

y porque mi inclinación  
sepas, te quiero avisar  
que no la quiero gozar  
porque la tengo afición;  
que ni su amor me maltrata,  
ni su talle me aficiona,  
ni me agrada su persona,  
ni su aire me arrebató;  
ni su gracia me contenta,  
ni de su lengua yo gusto:  
sí sólo porque es mi gusto  
dar a mi sangre esta afrenta:  
espérame, volveré.

TIZÓN ¿sabes si volverás?

LEONIDO ¡Gracioso, Tizón, estás!

Pues claro está que lo sé;  
que a mi soberbio querer  
ninguno le pone rienda;  
aunque el infierno pretenda  
estorbarlo, he de volver;  
que no temo el embarazo  
de todo el infierno junto,  
porque a su infernal trasunto  
sabrás rendir este brazo;  
y si el cielo pretendiere  
lo mismo, tampoco temo.

TIZÓN ¡Dios ten converta, blasfemo!

LEONIDO El haga lo que quisiere;

y a quien mi acción atrevida  
en honra o hacienda estrague,  
pida a Dios que se lo pague  
y que después me lo pida;  
que hombre soy yo que sabré  
satisfacer cualquier mengua.  
TIZÓN; Maldiga Dios tan vil lengua!  
Entra, que yo esperaré,  
rogando al cielo le ampare  
de tal afrenta y ultraje.  
LEONIDO; Voto a Dios, que mi linaje  
abrascé si lo estorbare!

Vase.

TIZÓN El entra ya sin gobierno.  
¡Ah, desdichado Tizón!  
Si sigues tu inclinación,  
serás tizón del infierno.  
No hay pecado en todos siete  
que él no haya ejecutado,  
ni hubo ocasión de pecado  
sin asirla del copete.  
Sin mostrar rastro de pena  
viendo ultrajada su fama,  
esta mañana a una dama  
quitó una rica cadena;  
y porque con lengua honrada  
tan gran maldad reprendió,  
a un sacerdote le dió  
una cruel bofetada.  
Yo no sé en qué ha de parar;  
que tan enorme vivir,  
o en un palo ha de morir,  
o el diablo lo ha de llevar,  
porque no he visto furor  
semejante; y el infiel,  
luego dice que por él  
pague el Divino Hacedor.  
La fianza buena es,  
y puede pagarlo bien;  
mas es cierto que también  
querrá cobrarlo después.

Dentro Marcela.

MARCELA ¡Cielo santo! ¿No hay justicia?

TIZÓN; Qué es aquesto! ¿En eso estamos?  
Declarada es su malicia.

MARCELA ¡Mi Dios, venirme a ayudar!

TIZÓN El oiga tu gran gemido,  
porque yo temo a Leonido,  
y allá no me atrevo a entrar.

Dentro Dionisio.

DIONISIO ¡Traidor! ¿Esto imaginaste?  
¡Matadle!

Dentro Leonido.

LEONIDO; Menos rigor!  
TIZÓN Este es Leonido. ¡Ah. Señor,  
y qué presto te arrojaste!  
Hoy darás tu vida amarga  
en manos de tu cuñado;  
que ya el diablo se ha cansado  
de llevar tan grande carga.

Sale Leonido con la espada sangrienta en la mano.

LEONIDO Esto es hecho.

TIZÓN Y no bien hecho.

LEONIDO Bien o mal, ya lo intenté,  
y a quien gusto no le dé,  
pídalo a mi fiero pecho.

TIZÓN Algún puto desalmado (Aparte.)  
que te lo llegue a pedir.

Y ahora, ¿dónde hemos de ir?

LEONIDO A pasear al Mercado.

TIZÓN ¡Cuerpo de Dios! Con tu flema  
hasle quitado a tu hermana  
la honra, y ¿con esa gana  
verás la plaza de Elema?

Vas de suerte, que imagino  
que eres ministro de Herodes  
¿y es posible que acomodes;  
a seguir ese camino?

Yo, señor, no voy contigo;  
que en delitos tan atroces,  
la culpa está dando voces  
para que llegue el castigo.  
Pues si le cogen, a fe  
que el pueblo busque su traza

para que des en la plaza  
la bendición con el pie.

LEONIDO Deja, gallina, el temor.

TIZÓN Déjolo, y te desamparo;  
que pretendo mear claro,  
y diez higas al doctor.

Que has muerto a tu hermana avisa  
la fiera espada sangrienta,  
y, ¿no quieres que lo sienta?

LEONIDO Calle, que es cosa de risa.

Tizón, ¿en eso reparas?  
luego ¿piensas que murió?

TIZÓN Pues ¿no la mataste?

LEONIDO No.

TIZÓN Pues ¿qué la hiciste?

LEONIDO Dos caras.

TIZÓN Agradézcanle ¡por Dios!

la merced, que es oportuna;  
que Dios no le dio más que una,  
y él dice que la hizo dos.

Señor, yo me quedo acá;

que mañana tu rigor,  
por hacerme gran favor,  
con dos caras me honrará.

Tú escápate por los pies,  
pues has de pagarlo.

LEONIDO ¿Así?

Que lo pague Dios por mí,  
y me lo pida después.

TIZÓN Eso sí, páguelo Dios,  
que lo puede bien pagar,  
pero a fe que ha de llegar  
tiempo que lo paguéis vos.

Vanse.

Córrese una cortina, y aparece Gerardo, viejo, en una silla, durmiendo, y al lado una caña.

GERARDO ¡Detente, detente! ¡Aguarda,  
espera, mozo atrevido!

Despierta.

¡Jesús, qué pesado sueño!  
¿Qué es esto, cielo divino?

Sale Dionisio alborotado.

DIONISIO; Despierta del sueño torpe  
que te tiene los sentidos,  
noble Gerardo, ocupados,  
y escucha de un afligido  
las lastimosas razones!  
¡Escucha los fieros silbos  
de una serpiente pisada,  
y de un fiero basilisco,  
y un toro herido en el coso!  
¡Oye, señor, los bramidos  
y voces de una leona  
que le han robado sus hijos!  
¡Oye de un hombre afrentado  
las quejas; que Dios no quiso  
dar lugar a la venganza,  
como se la dio al delito!  
Tu hijo, noble Gerardo,  
ese que de su principio  
es en maldades Nerón,  
y Heliogábalo en los vicios;  
ese a quien jamás la rienda  
del corazón ha rendido,  
antes, cual fiero caballo,  
corre tras de su apetito;  
ese Luzbel en soberbia,  
ese hidrónico, de vicios,  
pues no, le sacian pecados  
aunque cometa infinitos;  
ese, pues, entró en mi casa.  
(Mas ¡cielos! ¿cómo lo digo?  
que no es bien diga su afrenta  
quien vengarla no ha podido.)  
Pero aunque a ti te lo cuento,  
se queda en mi pecho mismo,  
porque siendo uno los dos,  
es decirlo yo a mí mismo.  
Entró, señor, en mi casa  
con pensamientos lascivos,  
siendo mi mujer su hermana,  
y entrambos a dos tus hijos,  
imaginé que segura  
gestaba de sus designios  
mi honra; pero engañéme,  
como sus obras lo han dicho.  
Tú, señor, tienes la culpa,  
porque si en otros delitos  
su soberbia no ampararas,

ni tanto hubieras sufrido;  
si cuando de ricas joyas  
tus más secretos archivos,  
para los juegos dejaba,  
por darte pesar, vacíos,  
hubieras, señor, dejado  
que ejecutara su oficio  
la justicia, y no ampararas  
al que de un palo era digno,  
ahora no hubiera dado  
causa a tan justos suspiros,  
ni en mi cara, como ves,  
su maldad hubiera escrito.  
Al fin, señor, de Marcela,  
tu hijo, el tálamo limpio  
quiso manchar, y quitarle  
la honra que tanto estimo.  
Mas ella, que tiene sangre  
tuya y mía, con los bríos  
que recibe de los dos,  
dio a su defensa principio,  
y no teniendo otras armas,  
los dedos navajas hizo,  
con que defendió animosa,  
sin manchar tu honor, el mío,  
cuando el traidor, indignado  
como fiero basilisco,  
sacando su infame espada,  
la dio, en su rostro dos filos.  
Ella, que herida se siente,  
a voces defender quiso  
lo que, por faltalle fuerzas,  
tuvo ya por ofendido.  
Apenas sus tristes voces  
tocaron en mis oídos,  
cuando, por librar mi oveja,  
corrí tras de sus balidos.  
Llego, y al entrar encuentro  
al lobo, que, convencido  
de las voces, se salía,  
mostrando fingido riso;  
sacó la espada, y sin darme  
lugar a defensa, hizo  
en mi rostro lo que ves,  
y de la ciudad se ha ido.  
Nada le turba ni altera,  
porque hasta el mismo delito,



¿Cuándo, soberbio, aprendiste  
de mis costumbres ancianas  
la lección de tus livianas  
mocedades, que has seguido,  
y te hacen, atrevido,  
que menosprecies mis canas?  
¿Qué acciones, di, notaste  
en mi tierna mocedad,  
que te diesen libertad  
para lo que aquí intentaste?  
¿Cuándo en mí, Leonido, hallaste  
ni señal que te indujera  
a tu intento desbocado,  
ni indicios de haberte hallado  
en tan infame quimera?  
¿Qué Nerón que tú más fiero?  
¿Qué más saeta cruel?  
¿Qué más soberbio Luzbel?  
¿Qué lobo más carnicero?  
De tus maldades infiero  
que, siguiendo ese gobierno,  
el Soberano y Eterno  
castigará tu insolencia,  
por su infinita clemencia,  
en las penas del infierno.  
Y aun es de suerte tu vida,  
que el fiero rigor que digo  
será pequeño castigo  
a culpa tan conocida;  
porque ¡infame fratricida!  
De una tan notoria afrenta  
tomará Dios a su cuenta  
el castigo, de tal modo,  
que de una vez pagues todo;  
y ¡plegue a Dios que yo mienta!  
LEONIDO Que mientas o no, ¿qué importa?  
Ya el delito cometí;  
que lo pague Dios por mí,  
y tus razones acorta.  
Pero si quieres, exhorta  
a tu yerno, que promete  
vengar lo que en su retrete  
pasó, que tiene ocasión,  
y no ponga dilación  
en asirla del copete,  
puesto que se ve afrentado.  
DIONISIO; Infame, saca la espada,

que no es bien esté envainada  
cuando tan mal has hablado!  
LEONIDO Préciaste de muy honrado;  
si no lo fueras, lo hiciera,  
porque afrentado te viera;  
y no me está bien a mí,  
porque hago el caso de ti  
que de una mujer hiciera.  
Aquí dar voces le cuadra  
al honor que en ti se pierde,  
porque pocas veces muerde  
el perro que mucho ladra.  
Muy bien sabes que en tu cuadra  
te faltó la valentía,  
y así verás este día  
cómo el corazón te engaña,  
pues con aquesta vil caña  
castigaré tu osadía.

Dale de palos.

GERARDO ¡Tente, Leonido arrogante,  
alma de razón exenta!  
DIONISIO La venganza está a mi cuenta.  
LEONIDO Quitaos, viejo, de delante,  
castigaré a este arrogante.  
GERARDO ¡Nombre de viejo me ofreces  
cuando el de padre obscureces,  
y es la causa, que tu loca  
vida es tal, que aun en la boca  
a tu padre no mereces!  
LEONIDO Tu caduco intento sigue  
defender a mi enemigo,  
y así, lleva tú el castigo,  
pues no quieres le castigue:  
¡torna, porque se mitigue  
mi cólera!

Da un bofetón a su padre.

GERARDO ¡Santo cielo,  
justicia!  
DIONISIO Mi noble celo,  
padre, te intenta vengar.  
LEONIDO Si yo te diera lugar,  
que lo intentarás recelo.  
DIONISIO ¿Quién hizo tan vil delito?

LEONIDO Yo, porque más no presumas;  
siendo mis dedos las plumas,  
le dejo en tu cara escrito,  
porque como solícito  
que mil afrentas te haga,  
sólo mi furia me paga  
con hacer su sangre fiel  
tinta, tu pecho papel,  
y fiera pluma esta daga.  
Voyme, que verle no quiero;  
si tú lo intentas vengar,  
en la ribera del mar,  
hasta puesto, el sol, espero.

Vase.

GERARDO; Plegue a Dios, ingrato, fiero,  
que el cielo tome venganza,  
pues mi vejez no la alcanza!  
Sin que te guarde decoro,  
permita que un brazo moro  
te pase con una lanza.  
Y pues que te vas burlando  
de mí, permita por ello  
que, con una sogá al cuello,  
en Túnez te entren arrastrando.  
Esto con causa demando,  
y que para cumplimiento  
de tan grande atrevimiento,  
infame Sardanápalo,  
acabes puesto en un palo,  
donde sirvas de escarmiento.  
DIONISIO Las maldiciones, que lanzan  
tus iras, señor, afloja,  
porque las que un padre arroja,  
casi de continuo alcanzan:  
tus palabras se abalanzan;  
sosiega, padre y señor;  
que en tan acerbo rigor,  
para alivio de tu mal,  
te queda un yerno leal,  
si se va un hijo traidor.  
Deja el pasado intervalo:  
que si el traidor está ausente,  
en mí un hijo obediente  
tendrás para tu regalo,  
que en amar tu pecho igualo;

y porque mejor lo veas,  
si ir a descansar deseas,  
llevarte en mis hombros fundo,  
y mostraremos al mundo  
ser tú Aquiles y yo Eneas;  
mira que no son engaños.  
GERARDO Tu obediente pecho estimo,  
y en tus dos hombros arrimo  
la carga de tantos años;  
que esos nobles desengaños  
son puntales do se encierra  
en cualquier caduca guerra,  
cuando con pena forceja,  
esta casa, que de vieja  
quiere ya dar en la tierra.  
Vamos a ver a mi hija  
y a tu esposa; que me da  
pena tu pena.

DIONISIO                      Tendrá  
gusto en verte; no te aflija  
tu vejez, sino corrija  
la tristeza que te ofrece.

GERARDO Hoy mi yerno me obedece,  
y mi hijo me fue traidor;  
¡Tenga la paga, Señor,  
cada cual como merece!

Vase.

Salen Leonido y Tizón.

TIZÓN No es mi intención ofenderte,  
sino el haberme mandado  
te buscarse con cuidado.

LEONIDO Pues, Tizón, puedes volverte,  
y a quien eso te mandó,  
podrás decir que no ha sido  
posible hallarme.

TIZÓN                      Leonido,  
¿qué demonio te cegó  
para intentar en la sala  
lo que te echa de tu tierra?

LEONIDO Mi descanso es en la guerra;  
¡vete, Tizón, noramala!

TIZÓN No quiero nada, señor;  
a quien la quiera, la da.

Hace que se va.

LEONIDO Oye, escucha, ven acá;  
vé, y di a aquel hablador  
de Dionisio, que le aguardo,  
pues dice que no es cobarde,  
hasta mañana en la tarde  
en este puesto.

TIZÓN Gallardo  
mensajero has escogido!  
Seré viento en el volver:  
y ¿qué armas ha de traer?  
LEONIDO Las que con menos rüido  
pudieras.

TIZÓN Pues yo me parto.  
LEONIDO ¡Dios te guarde!

TIZÓN Bien sería:  
yo muero si en todo el día  
de tu presencia me aparto;  
que una dama me mandó  
te siga, para notar  
tus intentos, y he de estar  
donde pueda verlos yo.  
Parece que el puesto place;  
¡plegue a Dios que no me venza  
el sueño; que ya comienza  
Baco a surtir! Calor hace;  
y pues aun es tan temprano,  
y el sueño me desafía,  
no he de mostrar cobardía;  
yo he de ir a probar mi mano.

Vase.

LEONIDO El cuerpo siento cansado.  
¿Cómo a tal extremo llego?  
¿Yo he de cansarme? Reniego  
del traidor que el ser me ha dado.  
Árboles, si osáis menear  
vuestras hojas mientras duermo,  
soy el Diablo de Palermo,  
y las tengo de abrasar.  
Sed Argos en mi defensa,  
y honraré vuestros despojos  
si las hojas hacéis ojos  
para que, estorben mi ofensa.  
Por vos nacen mis rigores:  
guardadme y perded recelo;

que abrasaré al mismo cielo  
si negáis vuestros favores.

Duérmase, y salen el rey Berlerbeyo, Zulema y Zarrabullí.

REY ¡Gracias, Alá, que pisamos  
las sicilianas arenas!

ZULEMA Mira, señor, lo que ordenas;  
que junto a Alicata estamos.

ZARRABULLÍ Tú coger muchos cristianos,  
y rico a Túnez volver.

REY Yo ya los quisiera ver  
para probar estas manos;  
que hasta tanto que a Lidora  
haya servido, no acierto  
a dar paso.

ZULEMA Ya en el puerto  
de Alicata estás, y ahora  
mira que has de prevenir  
que esta ribera es del Saso,  
a donde suelen acaso  
algunas veces venir  
cristianos a entretener  
el tiempo.

ZARRABULLÍ Tened cuidado;  
que ser cristiano es forzado,  
y dar a todos que hacer.

REY ¿Ya temes, perro?

ZARRABULLÍ No: creo  
que hombre apercebido  
vale más.

ZULEMA Allí dormido  
parece que un hombre veo.

REY Pues quedo, y sin vocería,  
le quitad luego la espada.

ZULEMA Ya yo la tengo ganada.

Quítale la espada a Leonido.

REY Despertad; que ya es de día.

LEONIDO ¡Contra mí tan vil intento!

¿Las armas osáis sacar,  
sabiendo os puedo abrasar,  
infames, con el aliento?

Decidme, ¿canalla perra!

¿Cómo el verme no os espanta,  
pues en moviendo la planta,

hago que tiemble la tierra?

Y si me hacéis enojar,  
sólo con un puntapié,  
¡perros! os arrojaré  
a esotra parte del mar.

REY No temo fieros cristianos  
de gallinas como él,  
y así, con este cordel  
le pretendo atar las manos.

LEONIDO ¿A mí atar, cuando mi fama  
tiene a Sicilia alterada?

Pues me quitaron la espada,  
árbol, prestadme una rama;  
que aquí, sin más intervalos,  
ni dejarlo que sosiegue,  
porque a morder no me llegue,  
mataré este perro a palos:  
aquí veréis lo que valgo.

Riñe.

REY ¡Muera, Zulema!

LEONIDO Llegad  
moros, y el palo probad.

ZULEMA ¡Muera el perro!

LEONIDO ¡Muera el galgo!

Entralos a palos Leonido, y sale Tizón, y lleva una bota, y en un lienzo un poco de tocino.

TIZÓN ¡Válgame Santa María,

San Gil, San Blas, San Antón!

Y ¿quién te ha hecho, Tizón,  
entre los turcos espía?

¡Oh, mal haya Belcebú!

¡Ya no, me puedo valer!

¡Hoy me llevan a comer  
la cabra con alcuzcú!

Pero aquí quiero esconderme  
por si pudiera escaparme.

Escóndese, y sale Zarrabullí, moro.

ZARRABULLÍ ¡Santo Mahoma, ayudadme;  
que no poder defenderme!

¡Válgate el diablo! El cristiano,

¡oh, qué valiente que ser!

Ya no poder defender,

sino quedar en su mano.

Aquí me esconder callando,

sin osar hacer roïdo.

Escóndese donde está Tizón, y préndele.

TIZÓN; Oh! Sea muy bien venido;  
que ya lo estaba esperando.

ZARRABULLÍ ¿Quién diablos, cristiano, estar  
aquí agora?

TIZÓN Sí que estoy,  
y ya verás lo que soy;  
que lo tengo de pringar.

ZARRABULLÍ ¡Oh, que nacer desdichado!

Sale Leonido con las armas de los moros, y ellos delante.

REYA tus fuerzas me rendí,  
porque en mi vida no vi  
tan gran valor de soldado.  
Hoy puedes decir que has sido  
más que Marte, porque Marte  
no fuera a vencerme parte,  
y tu brazo me ha vencido.  
Confíésome por tu esclavo;  
y aunque el serlo a pena arguyo,  
estimo tanto el ser tuyo,  
que ya de serlo me alabe.  
Y pues con aqueste leño  
me venciste, no te asombre  
te pida tu patria y nombre,  
porque conozca mi dueño.  
LEONIDO Oye, si tu gusto es ese,  
y sabrás quién te venció.  
ZARRABULLÍ Qué, ¿no beber vino yo?  
TIZÓN Beba, galgo, aunque le pese.

Dale a beber.

LEONIDO Sabrás, esforzado moro,  
a quien llaman Berlerbeyo,  
que, sin conocerte, dice  
quién eres tu propio esfuerzo,  
como nací en Alicata,  
a quien el Saso, da riego,  
que en los montes de Petralia  
sale de el terreno suelo.  
Fue mi nacimiento asombro  
a todos los de mi pueblo,

por las estupendas cosas  
que, como oírás, sucedieron.  
Nací una lóbrega noche,  
y tan lóbrega, que el cielo  
mostró cubrirse la cara  
por no ver mi nacimiento.  
Fue tan horrible a los hombres,  
que, con ser casi en invierno,  
dieron sus truenos, espanto,  
y sus relámpagos miedo.  
Pensó asolarse la isla  
viendo, tan airado el cielo.  
que envueltos en duras piedras  
arrojó rayos y fuego.  
El Etna salió de madre,  
despidiendo de su pecho  
mil encendidos volcanes,  
que iban abrasando el suelo.  
Bramaba el mar. Y las rocas  
bramaban con tanto exceso,  
que, oyéndolas en Sicilia,  
su fin tuvo por muy cierto.  
Nací, en fin, en esta noche,  
y se dice que, en naciendo,  
di una voz que causó espanto,  
por salir de tal sujeto.  
Fueme criando mi madre,  
y decía que, los pechos  
mil veces la ensangrentaba,  
en señal de aborrecerlos,  
y que mostraba más gusto,  
corno voraz sanguijuelo,  
de beber de aquella sangre,  
más que por el alimento.  
En fin, moro, con los años  
fue la malicia creciendo  
de suerte, que me temían  
los muchachos de mi tiempo.  
Y fue el temor en tal grado,  
que para ponerles miedo,  
«¡Guarda, que viene Leonido!»,  
decían sus padres mismos.  
No, para sólo en muchachos;  
que los varones perfectos,  
sólo con oír mi nombre,  
eran de hielo sus pechos.  
Llegó mi maldad a tanto,

que el mayor blasón que tengo  
es pensar que no se encierra  
mayor diablo en el infierno.  
Jamás di la muerte a nadie;  
pero a infinitos afrento;  
que gusto verlos sin honra,  
por ver que lo sienten ellos.  
En esto todas mis fuerzas  
fundo, porque sé de cierto  
que estar sin honra un honrado,  
es vivir estando muerto.  
Quise afrentar a mi madre  
con lascivos pensamientos,  
y porque se resistió,  
mil heridas di en su pecho.  
A un sacerdote le di  
un bofetón en el templo,  
y sólo tengo pesar  
de no haberle dado ciento.  
En mi vida estuve en misa,  
porque has de saber que tengo  
por perdido, y mal perdido,  
el tiempo me gasto en eso.  
Más son de treinta doncellas  
las que en esta vida puedo  
decir que dejé sin honra:  
¡mira que heroicos sucesos!  
Intenté a mi propia hermana  
deshonrar; no quiso el cielo,  
mas ¿qué digo? Yo no quise  
que Dios no bastaba a hacerlo,  
porque es corto su poder  
si yo las cosas comprendo;  
ni el infierno tiene fuerzas;  
que tiembla de mí el infierno.  
Dila, al fin, dos puñaladas;  
y porque un infame viejo,  
el cual dicen es mi padre,  
quiso reprenderme de ello,  
con un bofetón le puse  
bajo mis pies, y sospecho  
que es la cosa que en el mundo  
me ha dado mayor contento.  
Este soy, soberbio moro,  
y no pienses que me tengo  
por más, porque te he vencido;  
que eso para mí es lo menos.

Y ¡voto a Dios! que me holgara  
que trajeras el infierno  
contigo, porque los diablos  
echaran de ver mi esfuerzo.  
REYNoble y valiente Leonido,  
por aquel sagrado templo  
a donde está de Mahoma  
el santo, y divino cuerpo,  
que aunque siento el ser cautivo,  
por serlo tuyo me alegre,  
y estimo más conocerte,  
que ser de un reino heredero.

Yo salí sólo a dar gusto  
a una mora, por quien peno,  
y ella me pidió un cristiano  
de Sicilia; que aunque tengo  
infinitos que la sirven,  
son las mujeres extremos,  
y apetecen novedades,  
como es de flacos sujetos.  
Holguéme verte en la orilla;  
que como estabas durmiendo,  
tuve por cierto que fueras  
la causa de mi remedio.

Pero sucedió al revés;  
y no siento lo que pierdo,  
aunque fuera más, pues gano  
a tan gran varón por dueño.  
ZARRABULLÍE yo también estimar  
a vos, y tener respeto.

TIZÓNMas no lo tengas, que un palo  
dirá cómo has de tenerlo,  
porque con él cada día  
te enseñaré.

ZARRABULLÍ                    No quererlo.

REYParta Zulema, si gustas,  
y diga en Túnez, que preso  
quedo en tu poder, Leonido.

ZULEMAEn el volver seré viento.

ZARRABULLÍNo, señor, que yo ir mejor.

TIZÓN¿Sabe, galgo, que no quiero.

LEONIDO¿Luego ¿tú tienes cautivo?

TIZÓN¿Pues ¿no lo, ves si le tengo?

Y se me piensa escapar.

ZARRABULLÍNo querer escapar, cierto,  
sino decir a Lidora  
que ser preso Berlerbeyo.

TIZÓN No me está bien eso a mí,  
y más ahora, que intento  
darle un poco de tocino  
que dentro este lienzo tengo.  
ZARRABULLÍ No comer tocino yo.  
TIZÓN Acabe, cómalo, ¡perro!  
porque le aguarda la bota.  
ZARRABULLÍ ¡Ah, señor, jamás beberlo;  
que castigará Mahoma  
este grande atrevimiento!  
TIZÓN Aunque no quiera Mahoma,  
yo lo quiero.

Hace que beba.

LEONIDO Yo pretendo,  
dando otra afrenta a mi sangre,  
aumentar el amor nuestro.  
Toma, príncipe, tus armas,  
vosotros haced lo mismo,  
y dame acá un capellar  
y turbante.  
TIZÓN ¡Santo cielo!  
Señor, ¿qué quieres hacer?  
LEONIDO Lo que yo quiero, o no quiero,  
ahora lo verás, Tizón.  
ZARRABULLÍ Yo desnudarme pretendo  
por vestirme; que no es mucho  
me desnude por mi dueño.  
LEONIDO ¿Qué te parece, Tizón?  
¿Estoy galán?  
TIZÓN Estas hecho  
un Gran Turco en el vestido,  
y un Solimán en el pecho.  
LEONIDO Pues vete y dile a mi padre  
que de su sangre reniego,  
de su Dios y de su ley,  
del Bautismo y Sacramentos,  
de su Pasión su muerte,  
y sigo a Mahoma.  
TIZÓN ¡Ah, perro!

Aparte.

¡Dios te castigue! Señor,  
esa nueva no me atrevo  
a llevar de ti.

LEONIDO                Pues ven,  
y serás cautivo.

TIZÓN                Menos;  
más quiero llevar la nueva.

REY Goces el hábito nuevo  
eternos años, Leonido.

LEONIDO Y tú los vivas eternos;  
vamos a ver a Lidora,  
por tu gusto.

REY                Tal le tengo,  
que aquí y allá, mientras viva,  
soy tu esclavo.

LEONIDO                Por mi dueño  
te pienso siempre tener,  
mientras me dure el aliento.

TIZÓN Partamos; y esta anguaria,  
junto con este sombrero,  
llevaré para testigo;  
mas mira, señor, que el cielo  
ha de cobrar.

LEONIDO                Ya lo sé,  
mas buena fianza tengo;  
pague Dios una por una;  
que después ya nos veremos.

## Jornada segunda

Salen Leonido, de moro, y Lidora, mora.

LIDORA Detente.

LEONIDO                No hay detener.

LIDORA Vuelve la cara.

LEONIDO                No quiero.

LIDORA Eres cruel.

LEONIDO                Soy acero.

LIDORA ¡Cruel hombre!

LEONIDO                ¡Necia mujer!

LIDORA Mira que te quiero.

LEONIDO                ¿A mí?

LIDORAA ti.

LEONIDO Pues que no me quieras.

LIDORA ¡He de morir!

LEONIDO Aunque mueras.

LIDORA Y ¿por causa tuya?

LEONIDO Sí.

LIDORA ¡Ah, gran Argolán!

LEONIDO ¡Lidora!

LIDORA Qué, ¿no, me querrás?

LEONIDO ¡Jamás!

LIDORA ¡Eres cruel!

LEONIDO ¡Necia estás!

LIDORA ¡Oye, mi bien!

LEONIDO Quita, mora.

LIDORA ¿No te obliga mi hermosura?

LEONIDO No, porque la voluntad

no se inclina a tu beldad,

y el intentarlo es locura.

Si cruel te he parecido

en estas respuestas darte,

no puedo, Lidora, amarte,

aunque a otras he querido.

Lascivo en extremo he sido,

señora, y en tanto grado,

que he bellos rostros gozado,

y al tuyo le he aborrecido.

Yo confieso que eres bella;

de serlo puedes preciarte;

pero yo, Lidora, amarte,

no lo permite mi estrella.

Confieso, conozco y sé

las gracias que tú atesoras,

y aunque me cansan las moras,

te estimo, y no, sé por qué.

Ese tu gallardo brío,

el donaire, la belleza,

el garbo, la gentileza,

me llevan el albedrío.

Ese cuello de marfil,

que la misma nieve afrenta;

esos ojos, en que ostenta

amor rayos mil a mil;

ese tu saber profundo,

de quien es bien que se asombre

el mundo, no puede un hombre,

sino que te adore el mundo.

Y aunque sé que no merezco



de todo el mundo señor,  
y con poder soberano;  
y si más mi amor me prueba  
a mostrar que soy mujer,  
puedes, Berlerbeyo, creer  
que es por el traje que lleva;  
que a no traer traje moro,  
y no haber su ley negado,  
patente hubiera mostrado  
lo que en el alma le adoro.

LEONIDO Y correspondencia hallaras;  
mas mi mala inclinación  
me fuerza a que tu afición  
menosprecie.

REY ¿En qué reparas?

Ya, Argolán, patente has visto  
lo que esa mujer te adora.

Tú, ¿qué dices?

LEONIDO Que Lidora

se cansa, que yo resisto  
a su gusto, y que primero  
le faltará luz al día,  
a mi brazo valentía  
para regir este acero;  
primero verás bajarse  
de los cielos las estrellas,  
y en este suelo con ellas  
duras piedras barajarse;  
y antes dejará de ser  
Mahoma santo Profeta,  
que yo en tus cosas me meta  
ni estime aquesta mujer.

REY Estos brazos, Argolán,  
por el favor que me has hecho,  
del gran amor de mi pecho  
patentes muestras darán.

Rige, traza, manda, ordena  
en Túnez, cual dueño suyo;  
que todo mi reino es tuyo.

LEONIDO No quiero yo cosa ajena.

REY Ponte mi corona real.

LEONIDO No reino yo en compañía,  
porque la soberbia mía  
no tiene en el mundo igual.

Algún día podrá ser  
(y esto en mi valor lo fundo)  
que sacándote del mundo,

me la pueda yo poner.

REY ¿Estás loco, por ventura?

Mas sí lo debes de estar;  
y así le habré yo de dar  
el castigo a tu locura;  
que eres villano grosero,  
y fuera bien que advirtiera  
tu soberbia, que estás fuera  
de tu propio gallinero.

LEONIDO Con mostrar las obras callo,  
con que he de ponerte freno;  
que en el suyo y el ajeno  
canta, cuando es bueno, el gallo.

Llama todo tu Gobierno,  
a tu ciudad y a Mahoma;  
que haré que mi rabia os coma  
y os vomite en el infierno:  
desnuda, moro, el acero.

REY ¡Ah de mi guarda! ¡Lidora!

Sale Lidora.

LIDORA ¿Quién mi cuarto altera ahora?

LEONIDO Yo, Lidora, yo le altero;  
yo, que afrento vuestra ley;  
yo, que asuelo la ciudad;  
yo, que rompo la amistad,  
yo, que mato vuestro Rey;  
yo, que jamás me acobardo;  
y para mostrar mi modo,  
saca, Rey, tu reino todo;  
que en la ribera te aguardo.  
Salid, que allí mostrará  
este brazo varonil,  
que a ti, a ciento y a cien mil,  
y a Mahoma abrasará.

Vase.

REY ¡Espera, perro!

LIDORA Detente,  
noble Berlerbeyo, aguarda;  
deja sosegar tu guarda  
y aquece brazo valiente.

REY ¿Qué dices?

LIDORA Digo que cese  
ese enojo, y que tu brío,

esta vez, por amor mío,  
le ha de perdonar.

REY                      Si ese  
es tu gusto, me detengo;  
y haz cuenta que un encendido  
rayo en el aire has tenido,  
de lo cual a inferir vengo,  
Lidora, que sola fueras,  
cuando tan furioso estoy,  
a la venganza que voy,  
quien detenerme pudieras;  
y a mi pecho, de ira lleno,  
que tras la venganza vuela,  
siéndole el agravio espuela,  
sólo tu amor es el freno;  
porque con verte presente,  
el enojo se me olvida:  
yo le concedo la vida.  
LIDORA Mahoma la tuya aumente.

Sale Zarrabullí.

ZARRABULLÍ    Dar a mí albricias, Lidora.

REY De alguna graciosa tema.

LIDORA    Dinos de qué.

ZARRABULLÍ                      Que Zulema

a palacio llega ahora,  
y traer muchos cristianos  
presos para que servirte.

LIDORA    Si es verdad, gusto de oírte.

ZARRABULLÍ    Decir que son sicilianos.

LIDORA    Dile que entre.

ZARRABULLÍ                      Ser Pompeyo.

REY    Valiente soldado, es.

Salen Zulema, Gerardo, Tizón y Marcela, cautivos.

ZULEMA    Pasad y besad los pies,

cristianos, a Belerbeyo.

Y tú, señora, las plantas

en sus bocas y en la mía

pon con gusto.

LIDORA                      Alegre día,

pues que tanto te adelantas.

ZARRABULLÍ    En darle gusto no tardo.

LIDORA    Cuéntame, Zulema fuerte,  
tu jornada.

ZULEMA            Tuve suerte;  
ya prosigo.

LIDORA            Ya te aguardo.

ZULEMA    Al punto, Lidora hermosa,  
que cogió su manto oscuro  
la enemiga de los hombres  
y encubridora de insultos;  
cuando el soberbio Boreas  
a sus caballos les puso  
en los acicates alas  
para que huyesen del mundo;  
cuando el hijo de Hiperión,  
vistiendo de negro luto  
los antípodas, nos muestra  
gozoso su aspecto rubio,  
a cuya vista las aves,  
con los piquillos agudos,  
siendo los sauces atriles,  
forman al sol contrapuntos,  
salí de Túnez alegre  
(sólo por buscar tu gusto;  
que es mi brazo, bella mora,  
a tus placeres conducto).  
Con cien africanos moros  
las anchas playas ocupo  
donde sus palacios tiene  
el hidrónico Neptuno;  
apenas pisé las aguas,  
cuando al paso se me opuso  
una nave que el piloto,  
sin dormir fue Palinuros,  
porque aunque estando despierto  
pretendió su fiero orgullo  
que llevar, ver y vencer,  
como el César, fuera junto;  
y en esta ocasión salieron  
vanos los intentos suyos,  
porque apenas embestimos,  
cuando se bajó al profundo.  
Era la gente cruzada  
de aquel Profeta desnudo  
que ellos dicen que a su Dios  
mostrar con el dedo supo;  
pero ni su cruz, ni ellos,  
ni su Dios, hicieron fruto,  
antes forzados bajaron  
a besar el pie a Neptuno;

porque yendo yo a servirte,  
noble Lidora, presumo  
le faltara al cielo fuerza  
contra mi brazo robusto.  
Al fin, adelante paso,  
y seguro el agua surco;  
y aunque en Malta lo supieron,  
no salieron de sus muros.  
Y al tiempo que el rojo Febo,  
cansado de dar al mundo  
tan gran vuelta, en el ocaso  
escondió su veloz curso  
por entre pardos celajes,  
aunque a la vista confusos,  
de la famosa Sicilia  
descubrí sus altos muros;  
tomé puerto en sus arenas  
como cazador astuto,  
buscando a tienta la caza,  
y de improviso la escucho.  
Dividí luego en cuadrillas,  
entre unos árboles mudos,  
la gente, donde las aves  
sonaban tantos arrullos,  
y yo, de ellos apartado  
medio tiro de trabuco,  
dándoles la seña cierta,  
de verdes hojas me cubro.  
Allí estuve sin dormir,  
que como la caza busco,  
me fueron los ojos hojas,  
aunque al fin ojos nocturnos.  
Apenas sonaba el aire,  
cuando tengo por seguro  
ser cristianos; que la noche  
hace de las sombras bultos.  
De esta suerte lo pasamos  
todo el tiempo que tributo  
pagó el mar a las tinieblas,  
por estar Febo difunto.  
Hasta que saliendo el alba,  
al Supremo Alá le plugo  
que una mujer con tres hombres  
dieran materia a mi triunfo.  
No les juzgué bien apenas,  
cuando el alfanje desnudo,  
y emprendiendo a todos cuatro,

mostré no tener segundo.  
Murió el uno y traigo tres,  
y de lo que más presumo,  
es porque son sicilianos,  
cosa tanto de tu gusto.

Y yo, por mostrar, señora,  
en lo que a servirte acudo,  
lo que más has de estimar,  
a tus plantas lo reduzco  
con mi boca, a quien suplico  
no mire el presente rudo,  
sino la gran voluntad  
con que en servirte me ocupo.

LIDORA Hasme dado tal contento,  
Zulema, con tu victoria,  
que me dice el pensamiento  
sean mis brazos la gloria  
del gallardo vencimiento.

ZULEMA Tu discreción has mostrado,  
y a nuevas obligaciones  
quedo, señora, obligado,  
pues en tan breves razones  
toda mi historia has pagado.  
No has mostrado ser mujer  
en eso poco que hablaste,  
dardo bien a conocer  
que mejor tú lo pagaste  
que yo lo supe vencer.

LIDORA A quien eres corresponde,  
gran Zulema, tu opinión.

REY; Mahoma divino! ¿Adónde  
llegará la discreción  
que en esta mujer se esconde?

Como veis que cara cuesta,  
toda la carta ofrecéis  
a quien el premio os apuesta.

ZULEMA Yo pienso que la tendréis,  
gran señor, por muy bien puesta;  
mas si algún caso siniestro  
contra vos en ofrecella  
hice, como poco diestro,  
quede Lidora con ella,  
y yo por esclavo vuestro.

Y que así tratéis es justo  
a quien no debe ignorar,  
como yo, vuestro disgusto;  
que antes en darla a Lidora,

entendí que os daba gusto.

REY Ella está bien empleada,  
como es justo que lo esté  
una tan buena jornada,  
y yo su esclavo seré  
si mi servicio le agrada;  
que tan buena servidumbre  
(supuesto que la trajeras)  
era de tu cara lumbre,  
y en no dársela, me dieras  
extremada pesadumbre;  
que quien por su cuenta toma  
servir con bríos, lozanos  
mi valor, que el mundo doma,  
merece, no que cristianos,  
mas que la sirva Mahoma.

LIDORA El favor, que no merezco,  
dentro el corazón imprimo.

REY Yo el presente os agradezco.  
y en señal de lo que estimo,  
Zulema, este anillo ofrezco;  
recíbelo, no por paga,  
sino en señal de afición.

ZULEMA El será ocasión que haga  
mi brazo en otra acción  
presa que más satisfaga.  
Que a toda la cristiandad  
los dos juntos me obligáis  
rinda a vuestra voluntad,  
pues vos con premios me honráis,  
y vos con tanta amistad.

LIDORA Id a descansar, señor;  
que cansado habréis venido.

ZULEMA Agradezco ese favor,  
pero el haberos servido  
es mi descanso mayor.

TIZÓN ¿Qué habemos de encarecer  
la jornada, y el camino,  
y dejarnos perecer  
sin dar un trago de vino  
a quien rabia por beber?  
Que yo no busco regalo  
en esta mísera vida,  
sino vino bueno o malo;  
que ya sé que la comida  
ha de ser con algún palo.  
Que si en cualquiera ocasión

los duelos con pan son menos,  
yo soy de otra complexión;  
que no menos, sino buenos  
mis duelos con vino son.

Mas paciencia; ya me aplaco  
entre esta perra canalla,  
y mis flacas fuerzas saco;  
pero ¿qué paciencia se halla  
do no conocen a Baco?

LIDORA Si me das, señor, licencia,  
enviaré por Argolán.

REYSí, pero no en mi presencia.

ZULEMA Pues qué, ¿reñidos están?

LIDORA Tuvieron cierta pendencia;  
mas el enojo destierra,  
y vuelva a casa Argolán.

REY Todo en tu gusto se encierra.

ZULEMA Vengan, y conocerán  
los cautivos de su tierra.

REY Váyanle luego a buscar.

ZULEMA Yo propio merezco ir.

LIDORA Más me quieres obligar.

ZULEMA Sólo os procuro servir.

Vase.

LIDORA Y yo os lo sabré pagar.

REY Porque puedas fácilmente  
mejor, Lidora, informarte  
de quién es aquesta gente,  
quiero con ella dejarte.

Vase.

LIDORA El cielo tu vida -aumente.

¿Qué tenéis? ¿De qué lloráis?

Mirad que no conocéis  
en cuyo poder estáis;  
que aunque cautivos os veis,  
me pena que os aflijáis:  
mostrad esa bella cara.

MARCELA ¡Ay, noble y hermosa mora!

Mi desdicha no repara  
en ser yo cautiva ahora,  
sino en que fortuna avara  
con aquel honrado viejo  
haya sido tan cruel;

que es tal su aspecto y consejo,  
que puede mirarse en él  
el mundo como en espejo.

Que te sirva yo no importa;  
que bien lo sabré sufrir  
si tu enojo se reporta;  
pero ¿en qué te ha de servir  
quien tiene vida tan corta?

¿Cómo, señora, podrá  
servir a tus pies rendido;  
ni qué gusto te dará  
aquel que de ser servido  
tan necesitado está?

Si algún disgusto te diere  
(que el darlo será muy cierto  
con la mucha edad que tiene),  
venga en mí su desconcierto  
al doble que mereciere.

No ejecutes tu desdén  
aunque mi padre te aflija;  
hazme, señora, este bien;  
pague, señora, su hija,  
que lo llevará más bien.

LIDORA Deja los tristes enojos,  
pon a la tristeza calma,  
enjuga los tristes ojos;  
que se me llevan el alma  
aquellos blancos despojos.

¿Cómo te llamas?

MARCELA Marcela.

LIDORA Pues Marcela, no te aflija,  
ni el ver cautivo te duela  
a tu padre, que otra hija  
ha ya cobrado.

MARCELA Consuela  
tu lengua mi corazón.

LIDORA Dame, buen viejo, los brazos.

GERARDO Que me deis será razón,  
vos los pies.

LIDORA Estos abrazos  
confirman nuestra afición:  
apretad los brazos más;  
que el corazón me consuela  
este abrazo que me das:  
ruégaselo tú, Marcela,  
pues que más con él podrás;  
y en este punto diré,

aunque todo Túnez ladre,  
que con mi padre encontré:  
¿gustaréis de ser mi padre?

GERARDOY vuestro esclavo seré.

LIDORA Pues enjugad esas canas,  
y en presencia de los moros  
disimulad.

MARCELA Mucho allanas  
con tu valor.

LIDORA Cesen lloros;  
que somos, Marcela, hermanas.

TIZÓN Y a mí, ¿qué papel me dan  
para cuando estemos solos?

MARCELA Calla, Tizón.

TIZÓN Callarán,  
pues nos va bien con los bolos.

Sale Zulema.

ZULEMAA la puerta está Argolán.

LIDORA Pues dile que entre al momento:  
¡cielos santos, qué incentivo,  
dentro de mi pecho siento:  
que en ver a aquestos cautivos  
todo el corazón reviento!

Sale Leonido.

LEONIDO Aunque de enojo rabiando  
contra este Rey arrojado,  
en oyendo tu mandado  
vine al punto.

LIDORA Voy buscando,  
valiente Argolán, tu gusto.

TIZÓN Escucha, Marcela, aquí:  
¿No es éste tu hermano?

MARCELA Sí.

LEONIDO Agradecértelo es justo.

MARCELA ¿Qué es esto, cielo supremo,  
que tan desgraciada he sido  
que a tu poder he venido?

TIZÓN Alguna desdicha temo:  
disimula.

LIDORA En esta hora  
estos cautivos me dan,  
y he de mostrar, Argolán,  
lo que mi pecho te adora.

Todos me sirven a mí,  
y porque veas mi cielo,  
ellos y yo, sin recelo,  
hemos de servirte a ti.

LEONIDO ¿Qué es esto, santo Profeta?

GERARDO Dad las plantas a este viejo,  
que por faltarle consejo,  
a besarlas se sujeta.

LIDORA ¡Plegue a Alá que no se inquiete!

LEONIDO Buena ocasión se me ofrece.

LIDORA ¿Qué mucho, si lo merece,  
que a besarlas se sujete?

LEONIDO De muy poco os espantáis,  
y porque no os ofendáis,  
yo os pondré do merecéis;  
que a mis pies honrado estáis.

Conoceréis que mi cielo  
mucho al vuestro se aventaja.  
porque cuanto el cielo os baja,  
tanto a mí me sube el cielo.

¿Vos a mis pies, viejo ingrato?

A cólera me provoca;

no merece vuestra boca  
ni llegar a mi zapato.

Levantad; que habéis mostrado,  
viejo, ser muy atrevido,  
pues valor habéis tenido  
de llegar do habéis llegado.

Ya que a mis pies os pusisteis,  
debajo dellos es justo  
que os veáis hoy por mi gusto,  
pues tan atrevido fuisteis.

Hoy vuestra arrogancia loca,  
viejo vil, castigaré,  
poniendo mi altivo pie  
sobre vuestra infame boca.

Pónele el pie en la boca.

Y con esto se concluya  
vuestra muy grande insolencia,  
que quien no tiene vergüenza,  
dice que la tierra es suya.

Levantad.

Dale con el pie.

GERARDO ¡Divino cielo!

TIZÓN ¡El puto que se arrodille!

GERARDO ¡Que así un buen padre se humille  
a un mal hijo!

LIDORA De ese suelo  
levantad, padre, al instante,  
y en vuestras manos protesto  
que me pesa haberos puesto  
en las de aqueste arrogante.

GERARDO ¡Oh, mal hijo!

LEONIDO ¡Razón loca!

¿Yo tu hijo? ¡Linda traza!

Haré echarle una mordaza  
si hijo me nombra su boca.

ZARRABULLÍ ¿Qué digo? Señor Tizón,  
acá estamos. ¿Con quién hablo?

TIZÓN Cuerpo de Dios, con el diablo,  
¡miren qué linda razón!

ZARRABULLÍ Mirar muy bien lo que habrá,  
que ha de comer alcuzcú.

TIZÓN ¡Que le coma Belcebú!

Comiera aunque fuera cabra.

Aparte.

ZARRABULLÍ Venir conmigo, e yo hacer  
lo que ver vos.

TIZÓN Allá voy,  
porque tan hambriento estoy,  
que al moro me he de comer.

Vase.

LIDORA Del enojo que te he dado  
perdona; que más me aflijo,  
de ver que, siendo tu hijo,  
tan vilmente te ha tratado.

LEONIDO ¿Conócesme tú?

MARCELA Quisiera,  
infame, no conocerte,  
y antes de venir a verte,  
que a mí la muerte me diera.

¿Tú en este traje, villano?

LEONIDOSí, porque con este traje  
doy afrenta a mi linaje  
y a todo nombre cristiano;  
y aquese caduco viejo,  
a quien mi lengua solía  
llamarle padre algún día  
(de quien ahora me quejo),  
en este traje que ves

y con tu lengua profanas,  
pondré las infames canas  
mil veces bajo mis pies;  
que se echa claro de ver  
que ya de vosotros toma  
justa venganza Mahoma,  
pues os pone en mi poder.  
Y tú, que tan atrevida  
allá mostraste disgusto,  
aquí seguirás mi gusto,  
o pondré fin a tu vida.  
Aquí no tendrás amparos,  
pues tu fortuna te humilla.  
LIDORA Sentaos, padre, en esta silla;  
que me enternece miraros.  
MARCELA Moro, deja esa intención,  
porque no me has de vencer.  
LEONIDO ¡Quién te pudiera poner  
en medio del corazón!  
Marcela, yo he gozar  
de tus brazos.  
MARCELA Serán lazos  
para ahogarte.  
LIDORA En estos brazos  
puedes, señor, descansar.  
GERARDO Dame a besar esos pies.  
LIDORA Haz treguas, cese el regar  
con llanto, las blancas canas.  
GERARDO Todo mi disgusto allanas.

Siéntase en la silla.

LEONIDO No tienes que porfiar;  
que dueño llevo a ser hoy  
de tu hermosura, Marcela,  
porque me sirve de espuela  
el afrenta que te doy.  
MARCELA Mira que te mira Dios,  
y que tu padre te mira.  
LEONIDO Podrá, Marcela, mi ira  
satisfacer a los dos:  
a Dios, porque le ofendí,  
me lo pida junto todo;  
y a mi padre, de este modo.  
Saca la daga.  
MARCELA ¡Tente, soberbio! ¡Ay de mí!  
LEONIDO Viejo, mi gusto estorbáis

tan sólo porque lo veis,  
y porque no lo estorbéis,  
haré que no lo veáis.  
Esta daga vuestros ojos  
punzará.

Dale con la daga en los ojos, y llevará Gerardo un lienzo con sangre.

MARCELA Tenle, Lidora.

LEONIDO Pues no lo verás; ahora  
podrán cesar mis enojos.

LIDORA ¿En qué Libia te has criado,  
Hircano tigre, o qué fiera  
te dió la leche primera?

LEONIDO Aún no estoy desagraviado;  
que no puede mi rigor  
sufrir tanto desdén junto;  
ahora ha llegado el punto  
de conocerlo mejor.

Humillad, viejo labrador,  
a mi alfanje la cerviz,  
que tenéis suerte infeliz,  
pues hoy con fiero rigor  
la muerte os he de dar yo,  
pues vuestra hija atrevida  
quiere que os quite la vida  
con el rigor que mostró.

Marcela, alto: a consentir  
en mi gusto, o ver la muerte  
de este viejo.

MARCELA ¡Acerba suerte!

¿Qué mal me puede venir  
mayor? ¿Puédese sufrir  
que me deshonne un infame,  
y que la sangre derrame  
del padre que me engendró?

GERARDO Mejor es que muera yo,  
que no su amiga te llame.

Cierra los ojos al vicio,  
y este caso no te tuerza;  
déljale que su vil fuerza  
ejecute el sacrificio;  
que será mejor servicio  
al cielo, que está presente,  
que padezca un inocente  
esta muerte apresurada,  
que no verte a ti manchada

con acción tan insolente.

LEONIDO ¿Qué respondes?

MARCELA Que le des.

LEONIDO Pues ya le doy.

MARCELA ¡Tente, aguarda!

GERARDO Ea, hija, ¿qué te acobarda?

LEONIDO ¡Ha de morir!

MARCELA Muera, pues;  
mas no muera.

LEONIDO Descortés  
eres, infame, a mi gusto.

MARCELA Que muera y no muera gusto.

LEONIDO Eso no tiene lugar.

MARCELA Pues si muerte le has de dar,  
que yo no lo vea es justo;  
los ojos cubrirme quiero.

Cúbrese.

LEONIDO Ya le doy.

MARCELA ¿Que ya le das?

LEONIDO Sí, pues tan cruel estás.

MARCELA Dale, lobo carnicero,  
degüella el manso cordero,  
que en tus acciones registro,  
y tu gusto no administro  
por ser de vil interés,  
un sacrificio al revés  
en la causa y el ministro.

LEONIDO Acaba de resumir  
lo que has de hacer.

GERARDO ¡Oh, Marcela!

¿Qué cuidado te desvela,  
hija, de verme morir?

No lo quieras diferir:  
declara tu voluntad:

no te ciegue la lealtad  
que es justo tenerme a mí;  
que en no decir luego sí,  
pones duda en tu verdad.

MARCELA Pues no quiero, que haya duda,  
sino que, patente el mundo,  
entienda que no hay segundo  
a mi valor. ¿De qué duda  
tu infame pecho? Sacuda  
el golpe sin embarazo.

LEONIDO Pues ya se ha llegado el plazo;

ejecuto mi rigor.

MARCELA ¡Favor, Supremo Hacedor!

LIDORA ¡Detén, Argolán, el brazo!

Detiene Lidora a Argolán.

LEONIDO ¡A detenerme has venido,  
perra! Por el Alcorán,  
que ha de abrasar Argolán  
a ti y al viejo atrevido  
y aun el infernal bramido  
has de temblar de mi furia,  
pues tu presencia me injuria,  
cuando con soberbio bando  
venga a Túnez abrasando  
por vengarme de esta injuria.

Vase.

LIDORA ¡Favor, moros! ¿No hay alguno  
que venga a favorecerme?

Sale Zulema.

ZULEMA Al mundo pienso oponerme  
por ti, aunque soy sólo uno.

Salen el Rey y Tizón.

REY ¿Quién, Lidora, fue importuno  
a tu gusto? ¿Quién te dio  
disgusto? ¿Quién se atrevió  
de los que en el mundo están?

LIDORA El infame de Argolán  
con guerra me amenazó:

dijo que bien se me acuerde,  
que a componer va una escuadra.

REY Calla, que perro que ladra.

Lidora, muy poco muerde.

TIZÓN De esta vez mi amo se pierde.

REY Poco tiene que perder,  
según su vil proceder.

TIZÓN En este punto le dan,  
al que prendiera a Argolán,  
a Lidora por mujer.

Vase.

REY Desde hoy por mí se te ofrece,  
pues lo merece mi fe.

Vase.

ZULEMA De Lidora gozaré,  
pues mi valor lo merece.

Vase.

LIDORA Buena ocasión se me ofrece,  
pues que la gente se fue:  
venid, padre, y vos, hermana,  
que pues el cielo os guardó,  
he de regalaros yo.

GERARDO Contigo mi bien se allana.

LIDORA De mi condición extraña  
podéis fiar.

GERARDO Bien mostraste  
lo mucho que me estimaste,  
pues con tu vista gallarda,  
siendo el Ángel de la Guarda,  
hoy a guardarme llegaste.

Vanse.

Salen Tizón, y Zarrabullí con alforjas, y ha de llevar un saquillo con higos, otro con pasas, otro con arroz, y un poco de carne.

ZARRABULLÍ Si tú hacer lo que me ofreces,  
yo traer muy bien qué comer.

TIZÓN Si quieres a Mahoma ver,  
te lo mostraré mil veces.

La Gramática, en mi tierra,  
catorce años estudié,  
y muy bien a musa sé,  
porque sólo aquesto encierra  
hoy su ciencia mi capricho,  
y haré que lo puedas ver.

ZARRABULLÍ Pues yo buscar qué comer.

TIZÓN Zarrabullí, ya te he dicho  
que comer es desatino  
higos sin pan.

ZARRABULLÍ Ya traerán.

TIZÓN Venga abundancia de pan,  
supuesto que falta vino.

ZARRABULLÍ Yo voy por pan, pues te agrada.

Vase.

TIZÓN Y ¿a quién no puede agradar?  
¡Vive Dios, que le he de dar  
al perro burla extremada!  
Veré lo que trae aquí  
en esta alforja el cuitado:  
con un saquillo he encontrado;  
higos son. ¿Higos a mí?  
Me dan enfado, ¡por Dios!  
Y aquí, para la memoria,  
pasas: mala pepitoria.  
Y ¿qué habrá en estotro? Arroz:  
algún Lucifer lo abra.  
Otro envoltorio está acá:  
veamos lo que será:  
¡Por Dios, que es carne de cabra!  
Y ¿asada está? Mal agüero;  
¿carne asada he de comer?  
Pero ¿qué tengo de hacer,  
supuesto que no hay carnero?  
Mal en mi estómago forja  
cabra asada. ¿Qué haré?  
Que si me destemplo, a fe  
que ha de ser dentro la alforja:  
disimulemos, que viene.

Sale Zarrabullí con pan.

ZARRABULLÍ ¿En qué diablo haber pensado  
que todo lo haber sacado?  
TIZÓN Moro honrado, así conviene;  
y ahora, mientras yo como,  
para que me des contento,  
has de decir al momento  
quién era tu madre, y cómo  
en este mundo te echó;  
que si mi ciencia no yerra,  
sospecho que alguna perra  
la primer leche te dió.  
ZARRABULLÍ Yo, Tizón, ser africano,  
y ser nacido en Tripol.  
TIZÓN Bueno vas.  
ZARRABULLÍ Adorar sol,  
como señor soberano;  
tener mi padre Argolante

con mi madre, que ser mora,  
a quien belleza atesora  
con gran extremo.

TIZÓN Adelante.

ZARRABULLÍ Después que estar ya casada,  
puedes, cristiano, creer  
que, como al fin ser mujer,  
hacerse luego preñada.

Venir a servir al Rey  
mi padre, que te prometo  
ser hombre de buen respeto  
y moro de buena ley;  
pero tener mala suerte,  
que con ser hombre de hazañas,  
un día, jugando a cañas,  
un caballero dar muerte.

De la alteración murió  
mi madre, y el mismo día,  
con una grande agonía,  
a mí en el mundo me echó.

Morir ella, al fin, de parto,  
y perra que criar perrico,  
dar leche a mí cuando chico.

TIZÓN fe que me esfuerzo harto  
por darle fin al panote.

ZARRABULLÍ Morir mi madre Pompeya,  
y quedar yo con plebeya  
gente, desnudo y pobrete,  
aquí en servicio del Rey:  
ya no saber decir más.

TIZÓN Basta: a Mahoma verás,  
porque eres moro de ley;  
verás, valiente corsario:  
los relieves que han quedado  
he de poner en recado  
por si fuera necesario.

Tú te has de poner aquí,  
con los dos brazos cruzados  
y con los ojos cerrados,  
y estarás diciendo así:

«Ardúa, Mahoma, ardúa,  
más que agua tiene el Po,  
que ardúa quisiera yo,  
y para tú moscardúa.»

Diciendo esto, arriba mira,  
y luego a Mahoma verás:  
Zarrabullí, ¿quieres más?

ZARRABULLÍ Sólo que no ser mentira.  
TIZÓN ¿Mentira yo? Parto listo;  
que el negocio es harto grave.  
Andando yo en una nave,  
hacer esta burla he visto.

Vase.

ZARRABULLÍ ¡Qué contento ser, señor,  
si a Mahoma santo ver!  
Nunca pensar merecer  
tan soberano favor.  
Ardúa, santo Mahoma,  
tanto como el río Po:  
¿Sí responde? Pero no,  
que no parece ni asoma.  
Ardúa: aquí se derriba  
todo el palacio de Meca,  
y aquí siciliano peca  
sin ver a Mahoma arriba.

Pone Tizón un cuero hinchado, y dice arriba:

TIZÓN Ya estoy puesto en alta proa;  
alza los ojos y mira.  
ZARRABULLÍ Que castigar siciliano;  
hacer el Rey que encerrado  
estar continua mazmorra.  
TIZÓN Pues ¿de qué te alteras, zorra?  
que la verdad te he contado:  
¿No advierte que es majadero,  
pues tan a pecho lo toma?  
Porque en su tiempo, Mahoma  
de sólo vino fue arriero.

Arrójasele.

ZARRABULLÍ Yo os haré bien castigar  
porque ser tan atrevido.  
TIZÓN La burla pesada ha sido,  
mas yo la habré de pagar.

Jornada tercera

Salen el Rey y Zulema.

REY Aquí, arrojado del viento,  
en una barquilla pobre  
dicen que aportó.

ZULEMA                      Contento  
tengo, que pesar le sobre  
a quien le falta el talento:  
¡Bárbaro vil, que pudiera  
ser regalado y servido!

Sale Leonido muy furioso, y Cristo responde a los ecos.

LEONIDO Ingrato cielo, ¿qué muralla?

CRISTO                              Halla.

LEONIDO Ni qué defensa un desdichado.

CRISTO                              Echado.

LEONIDO Cuyo deleite hoy consagrado.

CRISTO                              Agrado.

LEONIDO ¿Una cruel sin afrentalla?

CRISTO                              Halla.

LEONIDO Y pretendiendo deshonralla.

CRISTO                              Honralla.

LEONIDO Y aunque del mar tan afanado.

CRISTO                              A nado.

LEONIDO He de volver al regalado.

CRISTO                              Ado.

LEONIDO Por defender a quien me acalla.

CRISTO                              Calla.

LEONIDO ¿Quién tal me diga? ¿El mundo tiene?

CRISTO                              Tiene.

¿Alguna lengua desfrenada?

CRISTO                              Nada.

LEONIDO Sal, que mi rabia desespera.

CRISTO                              Espera.

LEONIDO ¡Qué, por el cielo santo!

que si viniese aquí, sea quien fuera,

con una bofetada

he de obligarle que a mis plantas muera.

Sale Cristo de pastor, descalzo, ensangrentados los pies. con un zurrón que llevará lo que se dice adelante.

CRISTO En busca de una oveja

vengo, que sin mirar cuánto me debe,  
de mi aprisco se aleja.  
Amor es grande que mi pecho mueve;  
que me costó la vida,  
y dame gran dolor verla perdida.  
¡Ingratos hombres! ¿Cómo  
así dejáis mi ley por vuestro gusto?  
Pues a mi cuenta tomo  
premiaros siempre más de lo que es justo,  
y veis que mi contento  
le tengo siempre en dar por uno ciento:  
Decid, inadvertidos,  
¿por qué atendéis tan poco a lo que importa?  
Pues veis que los sentidos,  
la hacienda y el vivir, todo lo acorta,  
y la mayor fortuna,  
que al viento va, la tumba de la Luna.  
Tened, tened la rienda;  
que en el juego del mundo hay mil azares,  
y es justo que se entienda  
que paga leves gustos con pesares;  
y el Cielo, a breves penas  
da siempre gloria eterna a manos llenas.  
Venid, ovejas mías,  
mirad vuestro pastor, que al sol y al frío  
las noches y los días,  
con la cabeza llena de rocío,  
os busca y os convida  
con paz eterna y con eterna vida.  
Sacad del duro pecho  
algún balido, que en el mismo instante,  
en firme amor deshecho,  
el favor hallaréis en mí bastante;  
que el darlo es ordinario,  
pues soy propio pastor, no mercenario.  
LEONIDO ¿Eres, villano, a suerte,  
aquel que respondió cuando yo hablaba?  
CRISTO Yo soy el que a la muerte  
me igualo en fuerzas.  
LEONIDO Pues responde, acaba,  
¿dónde vas tan llagado,  
de la planta al cabello ensangrentado?  
CRISTO En busca de una oveja  
vengo, como me ves, pisando abrojos;  
que la triste se aleja  
de mi aprisco, por sólo darme enojos;  
y es tal su daño horrendo,

que yo la busco, y ella me va huyendo.

LEONIDO Pues ¿una oveja tanto te importa a ti, pastor? Deja que muera.

CRISTO ¡Que tal digas me espanto!

Si me costó la vida, bueno fuera dejarla de esa suerte

donde un lobo voraz le diera muerte.

LEONIDO Por dicha, ¿la has llamado?

CRISTO Mil veces han tocado a sus orejas las voces que le he dado.

LEONIDO ¿no responde?

CRISTO Aquesas son mis quejas.

LEONIDO Dejadla por perdida.

CRISTO ¡Ay, que me cuesta mucha sangre y vida!

Por los daños que ha hecho, merece que un dragón fiero la trague, y su lascivo pecho

a mí los dejo todos que los pague;

y mi amor se revuelve,

que muera si a mi aprisco no se vuelve.

LEONIDO Eres tú un ignorante;

que si esa oveja que pintaste, fuera

con vida semejante,

y por desgracia mía la tuviera,

luego que la encontrara,

en manos de mil fieras la entregara.

CRISTO ¡Ay, hombre, qué engañado

vives; mira por ti, que esa sentencia

que en mi presencia has dado,

será al fin quien te tome residencia;

y pues a Dios no quieres

volverte, morirás!

Hace como que se va.

LEONIDO Tente; ¿quién eres,

que muestras tal ultraje

de mí? ¿Quién eres, que me enoja el verte?

CRISTO El que tomó este traje

para satisfacer lo que se arroja

tu condición dañada:

débesme mucho y no me pagas nada.

LEONIDO A furia me provoco

de sólo haberte oído que te debo;

mas déjote por loco,

y a sufrir tus locuras me conmuevo.

¡Mirad qué Marco Craso,



si es lo, que dices llano,  
y si mientes, tu muerte está en mi mano.

Éntrase Cristo, y Leonido saca lo que hay en el zurrón.

LEONIDO Algún tesoro escondido  
sin duda debe llevar  
en este zurrón metido,  
y él se me quiere escapar  
con aquel modo fingido;  
Pero en breve hará mi mano  
aquí el tesoro muy llano;  
que todo lo pienso ver,  
si ya no viniera a ser  
otro caballo Troyano.  
Pero que no lo seréis,  
Zurrón, de ninguna suerte,  
está cierto, aunque encerréis  
traición; que es muralla fuerte  
esta que encontrada habéis;  
y así, vuestras invenciones,  
trazas embustes, traiciones.  
por inútiles condeno,  
aunque traigáis en el seno  
metidos diez mil doblones.  
Buena es la suerte primera,  
pues he hallado una corona,  
y a muy buen tiempo viniera  
para adornar mi persona,  
si de todo el mundo fuera.  
Pero aunque fuera del mundo,  
ya su estimación no fundo;  
que era hacer un desatino,  
siendo premio tan indino  
a mi valor sin segundo.  
Y estos viles aparatos,  
como de burlas resisto,  
siendo indignos de mis tratos:  
vaya, los estime Cristo  
allá en casa de Pilatos,  
que tuvo por grande hazaña  
ver que la judaica saña  
honrase sus sienes dinas  
con la corona de espinas  
y con el cetro de caña.  
Mas pasemos adelante,  
puesto que mi furia aplaco

por este pequeño instante,  
para vaciar este saco  
de aquel pobrete ignorante,  
¡Linda joya, por mi fe,  
pues una túnica hallé,  
y tras ella unos azotes:  
parece que me da motes!  
¿Azotes yo? ¿Para qué?  
¿A mí túnica? ¿Soy loco,  
o por dicha galeote,  
pues me estiman en tan poco,  
que me muestran el azote?  
A cólera me provoco.  
Veamos qué queda acá:  
una sogá, bueno está:  
esta obligación os debo;  
vos la pagaréis, mancebo,  
como luego se verá.  
Todo lo que hay he sacado,  
y no hallo relación  
de lo que me habéis cargado,  
porque estos vestidos son  
de un hombre crucificado.  
Miremos si algo se queda:  
una cruz, para que pueda  
decir con fiero rigor  
que burló de mi valor  
un manso en esta arboleda.  
¿Así burlar mis intentos  
vuestra malicia quería  
con tan varios instrumentos?  
Allá, al Hijo de María,  
que sabe de estos tormentos;  
que a mí no se me ha de dar  
burla de tanto pesar.  
Y para que no os burléis  
otra vez, lo pagaréis  
en este mismo lugar.  
¡Infame! ¿De esta -manera  
pensasteis burlarme vos?  
Veréis mi venganza fiera;  
que aunque fuera el mismo Dios,  
sin castigo no se fuera,  
que le diera mi semblante  
mil muertes.

Descúbrese un crucifijo, y dice, puesto a las espaldas, Cristo:

CRISTO Tente, arrogante.

LEONIDO ¿Qué es esto, divino Alá?

CRISTO No te espantes.

LEONIDO ¿Quién será  
el que ahora no se espante?

Cae en tierra Leonido.

CRISTO Levanta y oye, Leonido,

si ya tu vida malvada

no te limita las fuerzas;

que suele el vicio agotarlas.

Ya, Leonido, llegó el tiempo

en que al justo satisfagas

lo mucho que has mal llevado,

haciéndome tu fianza,

considera que has usado

mal de mis mercedes santas,

porque a mercedes de Dios,

pecados no es buena paga.

Mira mi cuerpo, y verás

sí he pagado por tu causa

las maldades que mil veces

me dijiste que pagara.

A un sacerdote le diste

un bofetón, y en mi cara

sonó el golpe; que son Cristos,

como la Iglesia lo canta.

Son mis espejos, y tú,

con mano descomulgada,

romper quisiste el espejo

a donde Dios se miraba.

Muchas doncellas ilustres,

nobles, prudentes y sabias,

por ti dejaron de serlo;

mira qué pesada carga.

A muchos has deshonrado,

que de honrados se preciaban,

sólo por echar mi honra,

como la echaste, en las plazas.

Mira a Gerardo, tu padre,

las injurias, las infamias

que usaste, fiero y cruel,

con aquellas nobles cañas.

Mira estas manos, Leonido,

con dos clavos taladradas,

y mira luego las tuyas  
de tu buen padre en la cara.  
Mira mi pecho también,  
pasado con una lanza,  
y mira el tuyo ocupado  
en deshonorar a tu hermana.  
Dime ¿qué aguardas, Leonido?  
Dime, Leonido, ¿qué aguardas?  
Y ¿con qué piensas pagar  
lo que mis, deudas te alcanzan?  
Hoy, Leonido, he de cobrar  
las honras, las bofetadas,  
las afrentas, los insultos  
que cargaste en mis espaldas.  
Todas las pagué por ti;  
mas hoy pretendo cobrarlas;  
que es ya tiempo que se vea  
satisfecha la fianza.  
LEONIDO Confieso, divino Dios,  
que son mis maldades tantas,  
que será imposible cosa  
que al justo las satisfaga.  
Confiésoos por Dios eterno,  
cuya bondad soberana,  
si bien en personas trina,  
es una esencia sagrada.  
Confiésoos sacramentado,  
y que me pesa en el alma,  
por ser quien sois sin mirar  
otro castigo ni paga.  
Propongo de no pecar  
y apartar con eficacia,  
Señor, de vuestras ofensas,  
las ocasionen que dañan.  
De confesarme propongo  
si hay con quién, y si no, valga  
esta confesión que hago  
humillado a vuestras plantas.  
Vos sois sumo sacerdote,  
y así, mis culpas aguardan  
absolución, pues la lengua  
todos mis vicios declara.  
A mis contrarios perdono,  
y mi vida, aunque tan mala,  
en satisfacción ofrezco,  
si es satisfacción que basta.  
Como os lo pido, Señor,

confío que esas entrañas  
me otorgarán el perdón,  
a quien se sigue la gracia,  
porque muriendo con ella,  
merezca, Señor, mi alma  
gozar de vuestra presencia  
en las celestiales salas.

CRISTO Aun tienes buena ocasión,  
Leonido; el vicio despide,  
porque jamás a quien pide  
supe negar el perdón.

Procura de refrenar  
el desbocado caballo  
del vicio; que en refrenallo  
está tu gusto o pesar,  
si gusto has de conseguir,  
pon rienda de modo al gozo,  
que no te engañe el ser mozo,  
porque es incierto el vivir.  
Aquí estoy; el mundo entienda  
que en la cruz se ven mis brazos  
para dar de padre abrazos  
al pecador que se enmienda:  
mira lo que por ti hago:  
vida y sangre derramé.

LEONIDO La vida y sangre daré  
si con vida y sangre pago:  
yo ofrezco desde este día  
verterla toda por vos;  
pero la sangre de Dios  
no se paga con la mía.  
De verterla tengo gusto  
para empezar a pagaros,  
pero no podré dejaros  
satisfecho todo al justo,  
porque en paga por Dios hecha,  
por mucho que me despeje,  
es imposible que deje  
la fianza satisfecha.  
Pero, soberano Dios,  
para tal obligación,  
haced en mí ejecución,  
que todo me entrego a vos.  
Y aunque mi inicua conciencia  
merece castigo fiero,  
de vuestro aspecto severo,  
apelo a vuestra clemencia.

CRISTO Si lo cumplieres así,  
mi auxilio no faltará;  
ea, Leonido, basta ya;  
quédate, y mira por ti.

Córrese la cortina.

LEONIDO ¿Quédate, y mira por ti?  
Con tal extremo será,  
Señor, que el mundo podrá  
Tomar ejemplo de mí.  
Vaya fuera el alfanje que he ceñido,  
la manga y capellar vayan afuera;  
el turbante también; que me ha tenido  
el sentido burlado en la carrera  
del inmenso Señor que me ha sufrido  
lo que, a no ser un Dios, jamás sufriera;  
que es justo conocer que está a mi cargo  
larga cuenta que dar de tiempo largo.  
¿Qué cuenta podrá dar quien tan sin cuenta  
ha vivido muriendo tiempo tanto,  
llevando por blasón hacer afrenta  
al que es entre los santos el más santo,  
sin mirar que las culpas siempre cuenta  
el Rey que reina en el eterno llanto?  
Y, en fin, ha de llegar el peligroso  
tránsito breve y término forzoso.  
Venid, túnica; vos seréis marlota  
y defensa del cuerpo más enorme  
que el mundo todo vio, cuya derrota  
a la divina ley fue desconforme;  
servidme, pues, desde hoy de fuerte cota,  
para que así mi vida se reforme;  
que espero, sin tener algún descargo,  
terrible tribunal y juicio largo.  
Y vos, corona, traspasad mis sienes,  
trayendo a la memoria mis maldades,  
por cuya causa los celestes bienes  
de mí se ausentan; y en mis mocedades  
dadme valor, que expíe los vaivenes  
de mi torpe vivir y ceguedades;  
y el tiempo del juicio es temeroso,  
aun a los mismos santos espantoso.  
Pues si a los santos, que con vida santa,  
al que vida les dio siempre han servido,  
y el pensar en la cuenta les espanta  
de tal modo, que pierden el sentido,

a quien así en maldades se adelanta,  
quien tanto y tan sin orden ha vivido,  
¿dónde vendrá a parar, siendo en su cargo  
muchas las culpas, débil el descargo?  
Salid aprisa, lágrimas, del pecho;  
que ya los ojos prestan franca puerta,  
hasta tanto salid que esté deshecho,  
y su dureza en cera se convierta.  
Salid, que es el salir de gran provecho;  
no aguardéis a salir, que es cosa cierta,  
en el trance final, aunque es piadoso,  
recto el Juez, y entonces riguroso.  
Salga el infierno todo y sus secuaces,  
y así de sogas me prevengo luego.  
Vos, sogas, me honraréis; que estos disfraces  
le causan a Luzbel desasosiego, por ver que con mi Dios quiero hacer palces  
lo que hasta conseguirlo, no sosiego, y no esperar con un regalo tierno  
punto en que va a gozar de Dios eterno.  
Y vos, divina cruz, en quien la vida  
perdió la vida por el hombre humano,  
a mi pecho iréis continuo unida,  
porque con vos el paso tengo llano.  
Si me servís de escudo, la subida  
del cielo tengo cierta; que en mi mano  
me deja Dios el gozo sempiterno,  
o penar para siempre en el infierno.

Salen el Rey y Zulema.

ZULEMA Detén el paso; que si mal no escucho,  
ya la voz de Argolán he conocido,  
y con mil dudas temeroso lucho,  
según de las que he entendido.

REY No tienes que dudar, porque no es mucho  
que haya vuelto a su ley el fementido,  
pues sabes, gran Zulema, y es muy llano,  
que nunca fue buen moro el mal cristiano.

Si mientras de su Dios la ley seguía,  
jamás, como era justo, la guardaba;  
¿de qué te espantas, di, que en este día  
el engaño le lleve en que pensaba,  
busque el pesar y deje la alegría  
con que en Túnez el tiempo le gustaba;  
que el que ofender su Dios a cargo toma,  
también querrá ofender al gran Mahoma.

ZULEMA Sin duda que es verdad nuestra sospecha,  
que arrodillado allí, si mal no veo,

está; pero ya sabes, no aprovecha  
contra su furia riguroso empleo.

REY Muestra al llegar valor, y con deshecha,  
cógele de las sogas.

ZULEMA El trofeo  
mayor que hombre ganó tengo en mi mano,  
si con ellas hoy prendo a este cristiano.

LEONIDO Llegad, llegad, ministros del infierno;  
llegad, feroces lobos, a esta oveja,  
que por haber vivido sin gobierno,  
a voces de mí mismo formo queja.

Llegad, pues que lo quiere el sempiterno,  
que en mis manos mi gloria o pena deja,  
y os hace en mi mudanza ser registros,  
siendo de su furia los ministros.

Llegad, y no temáis; que ya Leonido  
no es aquel que otro tiempo en este puesto  
aniquiló, furioso y atrevido,

de vuestra fuerte escuadra todo el resto.

Llegad, moros, llegad, porque vencido,  
y a no volver furioso está dispuesto;  
que aquel león que visteis tan severo,  
hoy le tenéis aquí manso cordero.

ZULEMA ¿Si podremos llegar, o si éste ordena  
contra nuestro valor fieras traiciones,  
y siendo de este mar cruel sirena,  
nos quiere atraer así los corazones?

¿Si es por dicha en la voz feroz hiena,  
y con estas astutas invenciones,  
que lleguemos procura, y en llegando,  
su furia ejercerá como otro Orlando?

LEONIDO No temas, gran Zulema: llega, toma  
la soga que en mi cuello ves pendiente;  
que si servir pretendes a Mahoma,  
así le sirves tú, y yo al inocente  
cordero que nació de la paloma  
limpia a quien ofendí.

REY Zulema, tente;  
que mostrar mi valor y esfuerzo quiero,  
prendiendo a este furioso carnicero.  
Ya le tengo.

Cógele de la soga.

ZULEMA Buen lance hemos echado.

REYA Túnez le llevemos.

LEONIDO Eso estimo:

con vuestra cruz, mi Cristo, voy cargado  
a imitar vuestros pasos hoy me animo;  
atinque mis culpas son en tanto grado,  
que de sólo pensarlo desanimo,  
y llevarlas no puedo; mas yo creo  
que seréis en mi ayuda Cirineo.

Vanse.

Salen Lidora y Tizón, y llevan un Niño Jesús.

LIDORA Prosígueme la lición  
de ayer tarde, porque quiero,  
pues solos ahora estamos,  
aprovecharme del tiempo.

TIZÓN Ya los Artículos sabes,  
el Padre nuestro y el Credo,  
también el Ave María.

LIDORA Todo eso lo sé, y lo creo.

TIZÓN Pues oye, escucha, señora;  
te enseñaré los preceptos  
que, para gozar su vista,  
nos manda Dios que guardemos.

LIDORA ¿Cuántos son?

TIZÓN No más de diez.

LIDORA Qué, ¿en solos diez Mandamientos,  
consiste la salvación  
de un cristiano?

TIZÓN En solos esos.

LIDORA Pues di presto cuáles son;  
pero escúchame primero.

Vuélveme a decir el cómo  
murió, siendo Dios inmenso,  
porque así se contradice,  
que no puede en un sujeto  
haber mortal e inmortal,  
haber temporal y eterno.

TIZÓN Dices muy bien; pero mira:  
por el pecado primero  
que contra Dios cometió  
Adán, la fruta comiendo,  
quedamos sus descendientes  
condenados al infierno,  
sin esperanzas que el mundo,  
pudiera darnos remedio;  
porque como era el delito  
hecho contra Dios inmenso,  
otro inmenso solamente

bastaba a satisfacerlo.  
Esto acá no era posible;  
y así el sacrosanto Verbo,  
de amor del hombre movido,  
quiso pagar estos yerros.  
Y como al fin siendo Dios  
tan poderoso y eterno,  
tan inmortal y tan sabio  
(como lo es su Padre mesmo),  
no era posible el morir,  
vistióse del traje nuestro,  
naciendo de una doncella,  
la mejor de tierra y cielo.  
Esta es la Virgen María,  
de perseguidos consuelo,  
de pecadores amparo  
y de afligidos remedio.  
Désta, en un pobre portal,  
nació niño, humilde y tierno,  
y al fin después padeció  
lo que has oído en el Credo.  
LIDORAY dime, Tizón, ¿podré  
ver yo a Dios?

TIZÓN                    No puedes verlo  
estando en carne mortal;  
que nadie lo ve en el suelo.

LIDORASiquiera un retrato suyo.

TIZÓNRetrato, yo te le ofrezco:  
uno tengo yo, señora,  
de aquel tan felice tiempo  
de cuando Dios era niño.

LIDORADámelo; que a un niño tierno  
mejor le caerán amores,  
y es el que tengo en exceso.

TIZÓN Este es, Lidora, el espejo  
en quien el cielo se mira.

LIDORADE gozo el alma suspira  
con mirarle.

TIZÓN                    En él te dejo  
cifrado todo el consuelo,  
el contento, la alegría,  
poder y sabiduría  
de todo el empíreo cielo.

Vase.

LIDORA Tizón, la sala despeja,

y pues siempre fuiste fiel,  
guarda la puerta, y con él  
un poco a solas me deja.  
Solos habemos quedado,  
Eterno Niño, los dos,  
para que mi oscura noche  
alumbréis con vuestro sol.  
Decid, Cordero divino,  
¿quién tanta dicha me dio,  
que siendo como soy perra,  
os tenga en mi mano yo?  
¿Cómo os deja vuestra Madre  
en mi poder? Mas no erró;  
que si a mí perra me llaman,  
vos sois gigante y león.  
Volvedme el rostro, bien mío,  
a mirar un corazón  
que por los ojos se sale  
todo por veros a vos.  
Pero no queréis mirarle,  
por nacer como nació  
en tierra que sólo os nombra  
por ignominia o baldón.  
Sé que soy vuestra enemiga,  
porque el agua me faltó  
del bautismo verdadero;  
pero, divino Señor,  
permitid me la concedan,  
y porque no falte yo,  
daré tanta de mis ojos,  
que baste a lavar mi error.  
Niño hermoso de las niñas  
de mis ojos, sabéis vos  
que, a poder sacarlo, al punto  
os diera mi corazón.  
Dicen que no negáis cosa  
a quien pide con fervor;  
piedad, mi Niño y Señor,  
no me tratéis con rigor,  
que si lágrimas os mueven,  
lágrimas vertiendo estoy.

Llora, y salen Gerardo, Dionisio, Marcela y Tizón.

MARCELAA tus pies, Lidora hermosa,  
mi querido esposo llega,  
porque es justo te los bese

como a su señora y reina.

DIONISIO Tus plantas me da.

LIDORA Levanta;

que no es bien que esté en la tierra

un marido de mi hermana.

¿Cómo estás?

DIONISIO Como el que llega

al puerto donde descansa,

después de largas tormentas.

LIDORA ¿A qué vienes?

DIONISIO Si me escuchas,

dirélo en breve.

LIDORA Esa prenda.

Dale el Niño.

Guarda, Marcela, entretanto.

MARCELA Basta mandarlo tu Alteza

para que la guarde yo,

aunque diferente fuera.

DIONISIO Un día, Lidora hermosa,

que las escuadras soberbias

de la gran Túnez llegaron

a Alicata a tomar tierra,

quiso mi desgracia, o quiso

Dios, porque a verte viniera,

que mi esposa con su padre,

un criado y yo, la fresca

estuviéramos tomando

en la apacible ribera

del mar, sirviendo de alfombra

a los cuatro sus arenas;

cuando estando descuidado,

Dios, que las cosas ordena

(del modo que más conviene,

conforme su Providencia),

permitió que nos hallaran

los moros; pero yo, apenas

lo sentí, cuando desnudo

el acero en mi defensa.

Un rato me resistí,

mas al fin, como ellos eran

muchos, de dos estocadas

me hicieron medir la tierra.

Dejéronme, al fin, por muerto

en la apacible ribera,

donde con mi sangre propia

daba esmalte a sus arenas.  
Y viéndome de esta suerte,  
me privó su fortaleza  
de las cosas que en el mundo  
de mayor consuelo me eran;  
y a mi esposa me robaron  
y este viejo, cuyas hebras  
blancas en barba y cabello,  
toda Alicata respeta.  
Quiso el cielo, noble mora,  
que mis heridas tuvieran  
buen suceso, y así en breve,  
sano y libre me vi de ellas.  
Así que yo me sentí  
con alivio de las penas,  
cuando intenté mi jornada,  
aunque con pequeñas fuerzas.  
Pretendí, Lidora, hablar  
(si bien cautivas mis prendas,  
pero con salud); mas veo  
aquellas dos luces muertas,  
sus dos soles eclipsados,  
de cuyos rayos pudieran,  
si al sol le faltara luz,  
participar las estrellas.  
Veo sin vista a mi padre,  
y a mi esposa casi ciega  
de las lágrimas que vierte  
por quién es justo las vierta.  
Veo que un traidor, señora,  
de esta noble casa vieja  
las ventanas ha cerrado,  
porque nadie habite en ellas.  
Las lunas de aquel espejo,  
en quien la honra reverbera,  
rompió, porque sus maldades  
no se notasen en ellas.  
Consideró que a la luz  
de su padre era bajeza  
hacer las obras que hace,  
y así le puso en tinieblas.  
A él le quitó la vista,  
y a mí, que le hallo sin rienda,  
me ha quitado el corazón.  
LIDORABasta, Dionisio, sosiega:  
da lugar al tierno llanto;  
que quiere Dios que no vea

Gerardo lo que hace su hijo,  
que si lo viera, muriera.  
¿Tú vienes a rescatallos?  
DIONISIO La más parte de mi hacienda  
en plata he vuelto, por dar  
lo que por ellos pidieran.  
LIDORA Si en mi mano su rescate,  
Dionisio noble, estuviera,  
sin dinero los librara,  
aunque aumentara mis penas;  
pero no puedo yo darlos;  
que aunque es verdad soy su dueña,  
y me sirven, pero tengo  
al Príncipe dependencia,  
y no puedo.

GERARDO                    Sabe Dios,  
hijo, que yo no quisiera,  
aunque muriera, dejar  
de Lidora la presencia,  
que como a Marcela estimo,  
por ver que tiene Marcela  
en ella una noble hermana,  
y yo una hija tengo en ella.

DIONISIO Yo no basto a dar las gracias  
de ver que mis caras prendas  
con tanto respeto tratas;  
y el cielo premio te ofrezca.

Sale Zarrabullí.

ZARRABULLÍ ¡Albricias, señora, albricias!  
LIDORA Darélas según las nuevas.  
ZARRABULLÍ Que traen preso a Argolán,  
el Rey y el fuerte Zulema.

Vase.

MARCELA El cielo nos junta a todos:  
Dionisio, muestra prudencia;  
que jamás he visto a este hombre  
sin causarme mucha pena.

Salen el Rey y Zulema, y éste lleva una carta, y Zarrabullí saca de la soga a Leonido.

ZARRABULLÍ ¡Ande el esclavo!  
LEONIDO                    Si soy  
siervo y en cadena vengo,

infinitas gracias doy  
a Dios, pues tal dicha tengo,  
que a satisfacerla voy.

REY Ya, Lidora, se ha cumplido,  
lo que mandaste, al instante,  
pues en cadena he traído,  
como ves, al arrogante  
que dices que te ha ofendido:  
darte gusto he procurado,  
y aunque a muerte condenado,  
le traigo hoy a tu presencia;  
puedes la justa sentencia  
revocar.

LIDORA Hasme obligado,  
príncipe invicto, de suerte,  
con tu término cortés,  
que aunque me esfuerce a vencerte  
con las cortesías, es  
muy imposible que acierte;  
así, conociendo voy  
en el estado que estoy,  
por mil diversos motivos,  
que son tuyos los cautivos,  
y yo también tuya soy.

LEONIDO A vuestras plantas tenéis,  
padre, aquel que no merece  
nombre de hijo: bien podéis  
pisarme; que el cielo ofrece  
ocasión en que os venguéis.  
Ya, padre, el cielo ofendido,  
a vuestros pies me ha traído;  
que es justo, pues mi altivez  
poneros quiso a mis pies,  
que esté a los vuestros rendido.  
Antes que vaya a morir,  
padre, os quiero suplicar  
(si me quisierais oír)  
que seáis padre en perdonar,  
pues fuisteis padre en sufrir.  
A vuestras plantas estoy:  
mirad que vuestro hijo soy,  
y aunque tanto os he agraviado,  
es bien vaya perdonado,  
pues que ya a la muerte voy.  
Ya voy a pagar a Dios  
las ofensas; a vos, padre,  
también; perdonad los dos,

que di la muerte a mi madre,  
y esto no lo sabéis vos.

Al campo, estando preñada,  
la saqué, y vióse acosada,  
cuando una niña parió,  
la que una osa se llevó  
en la boca atravesada.

Quise seguirla y no pude;  
que mi madre voceaba,  
diciendo que intento mude,  
porque el parto le duraba,  
y así, que a su pena ayude.

Dejé la osa perseguida,  
volví a la mujer, y hallé  
lo que tanto me consuela,  
otra hija, que es Marcela,  
en tierra, recién nacida.

GERARDO Hijo, basta; que aceleras  
mi muerte con tal tormento:  
edad cansada, ¿qué esperas,  
pues que sirve de sustento  
mi misma sangre a las fieras?

LEONIDO El darme perdón os cuadre  
deste descontento, padre,  
porque tal mi enojo fue,  
que con la daga saqué  
luego del mundo a mi madre.

Esto es, padre, lo que pasa;  
todo el mal os viene junto,  
y aunque la razón me abrasa,  
ella murió, y luego al punto  
a Marcela llevé a casa.

Esta muerte di a entender  
que del parto sobrevino,  
y así no vino a creer  
que tan fiero desatino  
sólo yo lo pude hacer.

Estas mis maldades son,  
de todas pido perdón,  
porque la muerte me espera;  
vuestro valor no difiera  
de darme la absolución.

REY Zarrabullí, lleva luego  
donde te dije, a Argolán.

LEONIDO Que me perdonéis os ruego,  
porque aguardándome están  
madero, cuchillo y fuego.

GERARDO Pues tu vida se desvía  
de cualquiera perdición,  
y para la gloria guía,  
dete Dios su bendición,  
hijo, junto con la mía.

LEONIDO No lloréis, padre y señor,  
que me causáis gran dolor,  
y llorar Dor mí es en vano;  
dadme a besar esa mano  
en señal de paz y amor.

Adiós, Marcela; esos brazos  
me da; mi Dionisio, adiós,  
que se han llegado mis plazos;  
y perdonadme los dos.

MARCELA El perdón y mil abrazos  
te daremos.

LEONIDO Gran Lidora,  
ya se ha llegado la hora;  
esas prendas te encomiendo.

LIDORA Tú vas a morir, y entiendo  
que mi pecho sangre llora.

ZARRABULLÍ ¡Venga el perro!

Vanse.

REY Ya se ha ido;  
dónde va, sabrás después;  
y pues vivo le he traído,  
será razón que me des  
la mano como a marido.  
Tu palabra diste.

LIDORA ¿Pues?

REY Que me la cumplas te pido.

LIDORA En todo andas cortesano,  
y pues en ello yo gano,  
puesto que lo trabajaste,  
ya que mi mano ganaste,  
digo que te doy la mano  
Con mucho gusto.

ZULEMA Detente,

Va a darle la mano y se detiene.

valeroso Belerbeyo,  
y antes que le des la mano,  
escucha lo que refiero.  
Tu padre el Rey, que ha diez años

que, como sabes, su cuerpo  
ocupa, por mucha edad,  
una cama estando enfermo;  
que aunque no tiene otros males,  
solamente bastan éstos,  
pues nunca tiene salud  
un hombre en llegando a viejo  
sabiendo que pretendías  
tomar estado, y sabiendo  
dabas la mano a Lidora,  
tan digna de merecerlo,  
me manda que al tiempo mismo  
que quisieses tratar de ello,  
tomando resolución,  
te diese, señor, un pliego,  
el cual de su propia mano  
escribió el anciano viejo;  
que no fiarlo de otro  
es sin duda un gran secreto.  
Esta es la carta, señor;  
yo cumplo su mandamiento,  
pues que te la di en el punto  
que te casas.

REY                    ¡Bueno es eso!  
Pues ¿qué pretende mi padre?  
ZULEMA Eso no puedo saberlo;  
cerrada me dio la carta,  
y cerrada te la entrego.  
REY Léela tú.

Abre la carta Zulema.

LIDORA            ¿Oyes, Marcela?  
Si permitiesen los cielos  
que no llegase a tener  
este casamiento efecto...  
ZULEMA Toda es, señor, de su mano.  
REY Léela, acaba; que ya veo  
que es letra suya.  
ZULEMA            Así dice:  
Estáme, señor, atento.

Lee la carta Zulema.

«Hijo, por haber entendido, que quieres  
dar a Lidora la mano de esposo, os aviso  
como no era vuestra igual, porque habrá

diez y seis años que yendo a caza de cristianos,  
en la ribera del Alicata, heredad  
famosa de la isla de Sicilia, se la quité a  
una osa de la boca, que con feroz violencia  
la llevaba. Ella desciende de cristianos,  
y así no os conviene por no ser vuestra  
igual, ni con mi gusto haréis semejante  
casamiento. Y advertid que, de hacer lo  
contrario, os podría resultar alguna gran  
desgracia, por la indignación que pudiera  
tomar nuestro gran profeta Mahoma. Alá  
os guarde. Vuestro padre, AMETE, SULTÁN.»

REY; ¿Qué es esto, divino Alá?

TIZÓN ¿Qué llegó el impedimento  
a la primer monición.

GERARDO; ¿Qué esto, divino cielo?

TIZÓN Desgracia grande, a fe mía:  
si hay Papa en Túnez, pedirle  
dispensación.

GERARDO                      Calla, necio:

tú mi hija eres, Lidora,  
porque si mal no me acuerdo,  
las razones de Leonido  
conforman con este pliego.

LIDORA Vuestra hija soy, ¡oh Gerardo!

Y gusto tanto de serlo,  
que estimo la filiación  
más que de Túnez el reino:

Marcela, dame los brazos,  
pues tal hermana granjeo,  
MARCELA Brazos, pecho y corazón,  
con el alma te prevengo.

REY; Vive el cielo, ingrato padre,  
que por el aviso vuestro  
quisiera daros mil muertes!

TIZÓN Otra pendencia tenemos:  
bueno fuera haber marchado  
y no estar aquí; que creo  
que hemos de majar esparto  
por el porte de aquel pliego.

REY; No me dejarás gozar  
de Lidora por lo menos  
cuatro días, y después...

TIZÓN Después que la papen duelos:  
él te aborrece, Lidora.

LIDORA Permita, Tizón, el cielo,  
que me desprecie Argolán.

TIZÓN Sí hará; que está bien lo hecho.

REY Al fin, ya soy rey de Túnez,

y esta vez, como rey, quiero  
mostrar mi heroico valor.

Parte, Tizón, al momento,

y si no han muerto a Leonido,

di que venga aquí; que intento

dar a todos libertad

y os vayáis a vuestro reino.

LIDORA Muestras, señor, ser quien eres.

REY Lo que importa es que al momento

que Leonido venga, os vayáis

antes que me maten celos.

Sale Zarrabullí alborotado.

ZARRABULLÍ Si quieres ver a Argolán,

invicto rey Belerbeyo,

alza los ojos y mira.

Descúbrese una aparición donde está Leonido crucificado, ensangrentado y con corona de espinas.

REY ¿Qué es esto? ¿Argolán ha muerto?

LEONIDO Ya, padre, ha llegado el plazo  
de satisfacer al cielo

las ofensas, las maldades,

las injurias que le he hecho.

Ya, padre, permite Dios

que los muchos vituperios

de que yo le hice fianza,

los pague en este madero.

Ya te agradezco y estimo,

famoso rey Belerbeyo,

que me pagues como rey,

pues me das un reino eterno.

MARCELA Hermano, ruega por mí

cuando estés gozando el cielo,

y por tu hermana Lidora,

porque ya se ha descubierto

ser la misma que dijiste

que se llevó la osa huyendo.

LIDORA Ya soy tu hermana, Leonido.

LEONIDO Ahora muero contento,

pues tal ventura he tenido:

Lidora, los altos cielos

te den su gracia.

GERARDO

Y a mí,



LIDORA Señor, si nos das licencia,  
este cuerpo llevaremos.

REY Sabe Alá lo que me pesa  
que seas su hermana tú,  
puesto que, si no lo fueras,  
hoy alcanzaras a ser  
de todos mis reinos reina.

LIDORA Ya, señor, no puede ser;  
Su Majestad me conceda  
la merced que le he pedido.

REY Lidora, ya mi grandeza  
te la tiene concedida,  
porque el alma conociera  
que el amor que te he tenido  
me obliga a hacer tal fineza.

Dame los brazos, y Alá  
suerte feliz te conceda  
como yo se lo suplico.

Ya todos tenéis licencia  
para partir a Sicilia.

TIZÓN Dios plegue que yo pueda  
pagar al Rey esta muerte.

ZARRABULLÍ ¿En qué?

TIZÓN En la misma moneda;  
y al mismo también suplico  
que puedas ver cuando quieras  
a tu querido Mahoma.

ZARRABULLÍ Yo, suplico que así sea.

TIZÓN Y yo, que nos perdonéis  
las faltas, para que tenga  
con ello dichoso fin  
La Fianza satisfecha.

FIN